

LA LENGUA Y LA CULTURA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 20 DE JUNIO DE 1948
EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. D. MARIANO BASSOLS DE CLIMENT

EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. D. MARTÍN DE RIQUER



BARCELONA
IMP. ELZEVIRIANA
1948

LA LENGUA Y LA CULTURA

LA LENGUA Y LA CULTURA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 20 DE JUNIO DE 1948
EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

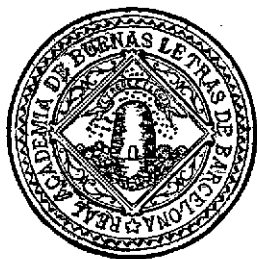
DR. D. MARIANO BASSOLS DE CLIMENT

EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. D. MARTÍN DE RIQUER



BARCELONA
IMP. ELZEVIRIANA
1948

SEÑORES ACADÉMICOS :

El acto que ahora nos reúne tiene para mí un íntimo y profundo sentido emocional. En primer lugar, significa mi incorporación a esta docta Academia cuya vida fecunda y activa se cuenta, no por años sino por siglos. Vuestra benévola decisión al llamarme a ocupar un sitio entre vosotros me hace sentir el halago de pertenecer a una institución cuya vida está asegurada en el porvenir, precisamente porque sus raíces arraigan profundamente en el pasado.

Pero es que, además, y ello hace especialmente significativo este acto para mí, vengo a ocupar la vacante de un académico que ha influido en forma decisiva en mi vida y de quien me considero como el primero de sus discípulos en el orden del tiempo; y cuya obra me ha correspondido el honor de continuar también en el ámbito de nuestra Universidad. El Dr. Joaquín Balcells, pues éste es el nombre de mi ilustre predecesor, fué quien despertó mi vocación a los estudios clásicos, la alentó con sus consejos, con su afecto cordial y generoso reflejo de la bondad de un gran corazón que no conoció ni el egoísmo ni la envidia. En ningún momento me escatimó su ayuda, estuvo a mi lado en todos los instantes difíciles de mi vida, me animó en las horas de desaliento y me guió cuando la inexperiencia de los pocos años exigía un mentor. De ahí mi emoción al recoger la herencia que dejó en esta casa el que fué para mí maestro queridísimo y amigo único e insustituible.

Nació el Dr. Joaquín Balcells Pinto en La Laguna (Canarias), el 21 de febrero de 1890. Su madre era isleña, su padre, en cambio, entroncaba directamente con una antigua familia del campo de Tarragona que contaba entre sus ascendientes juristas y terratenientes, y cuya genealogía podemos seguir hasta el siglo xv. La infancia del Doctor Balcells transcurrió, pues, en el escenario apacible de la bella isla española, pero cuando contaba ocho años de edad su familia se reintegró a nuestra tierra en donde se educó e hizo hombre. Sin embargo, su acento conservó siempre un sello inconfundible que denotaba su procedencia isleña. Siguió los estudios de segunda enseñanza en las Escuelas Pías de esta ciudad y más tarde la carrera de Filosofía y Letras en nuestra Universidad. Se graduó en 1910 y obtuvo en esta

misma fecha el Premio Rivadeneyra. Seguidamente se trasladó a Madrid para cursar el doctorado. En 1912 leyó su tesis doctoral: *Las fabulas praetextas y Gn. Nevio*. El título de la citada tesis indica ya con toda claridad cuál era su vocación. Desgraciadamente nuestra Universidad, que puede ufanarse de una brillante tradición de heleenistas, simbolizada por figuras tan representativas como Bergnes de las Casas y Balari, atravesaba en aquel entonces una profunda crisis en lo que atañe a los estudios de filología latina. Por ello, para buscar una más segura formación pedagógica y aprender de cerca los métodos de investigación de la escuela alemana, que ostentaba entonces la primacía en el campo de la Filología clásica, solicitó y le fué concedida una pensión para Berlín. La Guerra Europea frustró sus esperanzas. Se vió, pues, reducido a sí mismo. Las bibliotecas de esta ciudad no podían tampoco ofrecerle ninguna orientación segura, estaba en sus albores la de Cataluña, a la que tantos estímulos deberían luego nuestros investigadores, gracias a la abnegada y eficaz labor de su Director, Dr. Jorge Rubió. Las bibliotecas de la Universidad y del Ateneo no contaban más que con unas cuantas gramáticas y colecciones anticuadas ya, por completo. El Dr. Balcells tuvo, pues, que fiar en su instinto, recurrir a los catálogos y en forma autodidáctica ir poniendo los cimientos penosos y arduos que exige el estudio de las letras clásicas. Completó, pues, y perfeccionó su conocimiento del latín y griego, estudió con ahínco inglés y alemán, instrumentos indispensables para seguir de cerca las modernas corrientes científicas que renovaban con una savia nueva y fecunda, los estudios filológicos.

Pero el Dr. Balcells hizo durante ésta su primera época de estudios, algo más que asimilar la ciencia que le llegaba de fuera. Sintió el impulso generoso y cálido de la creación, el afán de proyectar su propia personalidad en el campo de la filología. Testimonio elocuente de esta inquietud espiritual, son sus estudios sobre Ennio, así como numerosos trabajos monográficos, tales como *Los temas pastorales en el Imperio Romano, En torno a la época de Q. Curcio, Dos momentos culminantes en el patriotismo de Horacio*.

Su labor investigadora corría parejas con una intensa actividad docente y de proselitismo, de la que son exponente las clases de latín que daba en el Ateneo Barcelonés a las que concurren un gran número de relevantes personalidades de nuestra intelectualidad; recordaré, entre otros, los nombres de José Carner, José M.^a Bofill y Mates, Joaquín Muntaner, Pedro Bosch Gimpera.

En el año 1916 fué llamado a desempeñar una auxiliaría en nuestra Universidad; sin embargo, no creo que aquella labor le proporcionara grandes satisfacciones, pues las exigencias de un sistema de enseñanza a todas luces arbitrario, le obligaron a abandonar el campo de la Filología y en vez de hablar sobre los poetas latinos, por los que tanto amor sentía, tenía que exponer los conceptos fríos y abstractos de la lógica escolástica. Pero esta etapa, poco grata de su vida, fué superada a los pocos años. En efecto, en 1921 y tras brillantes oposiciones,

le fué conferida la cátedra de Lengua y Literatura Latinas de nuestra Universidad. Su paso a través de nuestro centro docente ha dejado huella profunda e indeleble. Sus grandes conocimientos, su innata simpatía, la bondad de su corazón, la humana generosidad que ponía en su trato, le granjearon muy pronto el afecto, respeto y admiración de todos sus discípulos.

El que tiene el honor de hablaros fué uno de ellos. He de confesar que cuando ingresé en nuestra Facultad sentía una profunda aversión a la lengua latina, y, sin embargo — y ello es la mejor muestra de la influencia que puede ejercer un buen profesor —, he acabado por consagrar mi vida precisamente a la lingüística latina.

Pero la recia personalidad del Dr. Balcells no quedó circunscrita a las aulas universitarias. En realidad, él ha sido uno de los artífices de la gran obra humanística realizada en Cataluña por la Fundación Bernat Metge. La idea de la creación de esta Biblioteca de autores, griegos y latinos, destinada a obligar a la lengua catalana a asimilar la sintaxis de las lenguas clásicas, que circunstancias de índole diversa habían impedido que se realizara a su debido tiempo, se debió a la feliz iniciativa de Juan Estelrich y al mecenazgo de uno de nuestros políticos más responsables y calificados. Pero si esta empresa pudo convertirse en realidad, si se consiguió reunir un número suficiente de colaboradores abnegados y eficientes, se debe principalmente a la labor previa de preparación y adiestramiento del Dr. Balcells. Los hombres que con su trabajo han dado un mayor rendimiento dentro de aquella Fundación, se formaron casi todos en sus aulas.

Mas, aparte de la función directiva y rectora que ejercía en aquella Fundación, intervino también directamente en la traducción de varios autores latinos, así como en la labor ardua, difícil y llena de responsabilidad de fijar los textos. Sus ediciones de Lucrecio y Ausonio han merecido los mejores elogios tanto de la crítica nacional como extranjera.

Merecen también destacarse con el mayor encomio sus geniales interpretaciones de las figuras más representativas de la literatura latina. Entendía la historia literaria, no como un estudio frío y objetivo de fechas y nombres, sino como la captación subjetiva y personal de figuras que fueron símbolos de una civilización estrechamente vinculada a la nuestra. De ahí el amplio fondo de que las enmarca sus dilatadas perspectivas, el interés humano con que las estudia, el dramatismo con que las hace moverse ante nosotros.

Resultaría prolija la enumeración de sus trabajos de interpretación literaria. Bastarán para ilustrar cuanto he dicho algunos títulos exponente de la orientación de sus investigaciones *Virgilio y la efusión afectiva con la naturaleza*, *El tema de la muerte en la poesía de Horacio*, *El humanismo como actitud espiritual*, *El paisaje bucólico*.

La alta significación del Dr. Balcells, la fecundidad de su obra y la cohesión de la escuela por él formada tenía demasiado relieve para que pudiera pasar desapercibida a esta docta Academia, deseosa siempre de atraer a su seno las figuras más representativas de nuestra cultura. El 5 de julio de 1936 leía en esta misma sala su discurso de in-

greso titulado *Catón el viejo y una concepción democrática de la Historia*. Esta Academia y todos los amigos del Dr. Balcells creyeron que aquel acto señalaba la madurez de su producción intelectual, lo interpretaron como el premio de una larga labor y un estímulo y acicate para una renovada actividad creadora en el porvenir; pero los designios del destino eran bien distintos. En realidad, aquel acto fué el colofón de una vida que iba a extinguirse muy pronto.

El Dr. Balcells era un hombre profundamente cristiano. Sus estudios tenían como escenario una cultura pagana, pero él sabía desentrañar de sus figuras más representativas los valores humanos y morales en ellas latentes. No es una simple coincidencia que Virgilio y San Agustín fueran sus autores preferidos. Por ello, a los pocos días de haber ingresado en esta Academia, cuando el suelo de nuestra patria se vió ensangrentado y martirizado por los horrores de una guerra civil, a cuyo conjuro los hermanos luchaban contra los hermanos, los padres contra los hijos, y los vínculos más fuertes saltaban hechos pedazos en una trágica explosión de rencores, el Dr. Balcells fué blanco de iras y de resentimientos; y, aunque durante su vida no había hecho más que sembrar el amor, en aquellos días trágicos recogió sólo una amarga cosecha de desengaños e ingratitudes. Su vida se vió amenazada. Proscrito y fugitivo, tuvo que abandonar esta tierra que tanto había amado y a la que había servido lealmente en todo momento ofreciéndole cuanto podía darle. En Suiza, lejos de los suyos, espectador impotente de una tragedia que destruía las personas y valores más queridos para él, sintió cómo descendía sobre su corazón una honda e irreparable amargura que le restó fuerzas para vencer una rápida e inesperada enfermedad que consumió su cuerpo y extinguió su vida. El 28 de octubre de 1936 entregó el alma a Dios.

El destino se lo llevó de nosotros en la plenitud de su vida, en lo mejor de su obra; pero su recuerdo vive perenne en el espíritu de todos los que hemos sido sus discípulos. El paso del tiempo ennoblecerá y exaltará cada vez más su egregia figura, y su obra adquirirá de día en día un más acusado relieve, pues perdura no sólo en su producción científica, sino en lo que vale más, en la hueste numerosa de sus discípulos que afanosamente procuran imitar su ejemplo y mantener encendida la antorcha de la cultura clásica que dejó en nuestras manos.

El tema, que de acuerdo con mi vocación y estudios he elegido para la presente disertación, es de índole gramatical. Es posible que su enunciado haya provocado algunos recelos: No ignoro el poco interés que despiertan los problemas de carácter lingüístico, a pesar de que el lenguaje es la invención más fecunda en consecuencias de todas las que el hombre ha realizado o puede realizar durante su paso por la tierra. Merced a él, podemos salir de nuestro yo, satisfacer este íntimo anhelo de mutua comunicación que llevamos enraizado en lo más profundo de nuestro ser. Más aún, el lenguaje es la piedra angular sobre la que descansa la civilización humana. Sin él, y su consecuencia la escritura, no existiría ni el arte, ni la ciencia, ni la esperanza de un destino mejor para la humanidad.

Estos hechos son bien conocidos por todos, especialmente en Cataluña, donde se ha hecho eco de tales ideas uno de nuestros más ilustres escritores y pensadores, hombre de certera intuición poética y atento siempre a todas las preocupaciones culturales de su época. Me refiero, claro está, a Juan Maragall y a su «*Elogio de la Palabra*». Pero todo ha sido inútil, el gran público siente una completa indiferencia por la gramática. No puede explicarse este retraimiento como consecuencia de una actitud conformista y resignada ante los grandes problemas de la vida. Nunca como ahora se ha sentido una mayor curiosidad intelectual ni ha existido un más acuciante afán por escudriñar el presente y el pasado, el hombre y el cosmos, la naturaleza y la historia. Se lee con avidez y se agotan rápidamente las ediciones de los libros que vulgarizan los principios en que descansan la química, la biología, la psicología, etc. Sólo la lingüística permanece vinculada a un estrecho círculo de especialistas y no se beneficia de esta curiosidad general que caracteriza a las actuales generaciones.

Muchas veces he inquirido las causas de este desvío. En realidad, creo que se debe a que no ha trascendido todavía al público la profunda renovación de métodos y principios que se ha operado en el campo de la lingüística, y así, mientras se han vulgarizado las nuevas concepciones que prevalecen en las esferas de las distintas ramas del saber, se continúa teniendo una imagen completamente anticuada de lo que es la gramática, a la que se considera algo así como el código penal del lenguaje, como un catálogo frío y arbitrario en el que se registran las formas y expresiones del bien decir y se repudian y sancionan las que no concuerdan con el esquema lógico sobre el que descansa su andamiaje. Pero la gramática no es esto. Su misión es mucho

más honda y humana, pues a ella incumbe ofrecernos una imagen de las fuerzas que regulan y determinan el devenir de los procesos idiomáticos, centrar y situar el lenguaje en el gran drama de la cultura humana, describirnos la lengua como una energía activa, en constante transformación, como un objeto en el que van sucediéndose los cambios como si obedecieran a un destino. No opera sobre algo concluso, terminado, inerte y sin vida, sino sobre las entrañas mismas del lenguaje, energía simple y heterogénea, misteriosa y diáfana, sensible a múltiples y diversas influencias históricas, geográficas, sociales, religiosas, pero al mismo tiempo tenaz e inexorable con las leyes mismas de la naturaleza. El caso es que el lenguaje, como el dios Jano, tiene dos caras, la una se orienta hacia la historia, la otra hacia la naturaleza. De ahí que la labor del gramático sea ardua y compleja; por una parte tiene que desentrañar las grandes constantes que regulan la evolución de la lengua, por otra descubrir y fijar las múltiples interferencias de tipo cultural que se obstaculizan en esa marcha que podríamos llamar fatal del lenguaje. Su mente debe tener la rigidez lógica de los hombres de ciencia, la intuición de los pensadores, la sensibilidad de los poetas. Este ideal, claro está, pocas veces ha cristalizado en la realidad; así, Vossler y Lerch tienen una intuición poética a veces excesivamente desbordante. Brugmann y Hofmann se apegan con exceso a los fenómenos lingüísticos con abandono de los culturales. De hecho, todos los ideales en la vida son siempre inaccesibles. Pero con ello quiero significar que el gramático debe estudiar el lenguaje desde muchos y muy diversos puntos de vista, y en especial debe esforzarse por exponer los grandes problemas que se agitan bajo la superficie tranquila de sus aguas, incluso en sus más humildes medios de expresión. Nada al parecer más tenue e insignificante que una palabra, mas a pesar de su aparente inconsistencia y fragilidad — Homero las llamaba aladas —, resisten los embates de los siglos y de los milenios. Cambia su estructura externa, se modifica su significado, pero su naturaleza íntima, su esencia morfológica, se mantiene inalterable. La mayoría de los vocablos que utilizamos al hablar se remontan a los albores mismos de nuestra civilización. Fueron, por tanto, otrora expresión de ideas y conceptos hoy día superados y arrinconados de los cuales ni siquiera nos quedaría el recuerdo si no fuera por las indicaciones que nos suministran las propias palabras. En efecto; sobre ellas se van depositando lentamente los residuos de las distintas civilizaciones que se han sucedido en el campo de nuestra cultura, y así como un geólogo, del examen de las diversas capas orgánicas e inorgánicas que se han ido superponiendo sobre la tierra, deduce conclusiones precisas referentes a la fauna y la flora que sobre ella se desarrolló, también el gramático reconstruye del examen analítico de cada palabra los conceptos políticos y religiosos de que en otro tiempo fué expresión.

Mas es el caso que la influencia de los cambios culturales y políticos sobre el lenguaje no queda circunscrita a las palabras sino que afecta a las mismas categorías gramaticales, las cuales vienen a ser

dentro de los idiomas lo que las instituciones en el campo de lo social y de lo político. Todas ellas son portadoras de una larga historia que dificulta su libre evolución, y es causa de un sinnúmero de desajustes y anomalías que enturbian la diafanidad del idioma. En realidad, cada categoría gramatical debería ajustarse con toda exactitud al orden de ideas que le incumbe expresar, como un traje hecho a medida. Pero se da el caso que cuando un concepto idiomático es substituído por otro, la lengua no crea, por lo regular, un órgano de expresión adecuado, sino que, en forma conservadora aprovecha y utiliza las formas y sistemas ya existentes a pesar de que responden a concepciones ya superadas. La historia de cualquier categoría gramatical nos muestra que, con el tiempo ha ido variando su contenido ideológico, mientras su ropaje externo, la forma como se exterioriza, permanece fundamentalmente invariable y por este motivo muchas veces incapaz de cumplir la nueva misión que se le asigna.

No puedo ahora abordar este tema con la amplitud que requiere; centraré, pues, mi exposición en torno a la historia y vicisitudes de una sola de las categorías gramaticales, y concretamente a la conocida con el nombre de género de las palabras.

Se entiende actualmente por género el accidente gramatical que sirve para indicar el sexo de las personas o animales y el que se atribuye a las cosas, o bien para indicar que no se le atribuye ninguno. En consecuencia, la base ideológica en que se apoya esta categoría es de naturaleza sexual. Sin embargo, el hecho de que se atribuya sexo a las cosas constituye ya un principio de contradicción con el propio sistema. De acuerdo con los principios que acabamos de apuntar, únicamente deberían figurar en la categoría de lo masculino y femenino los seres sexualmente diferenciados, todos los demás así como lo inorgánico, lo inerte, sin vida, debería agruparse dentro del grupo que designamos con el nombre de neutro. Pero la realidad idiomática se nos aparece en flagrante contradicción con cuanto decimos. Por de pronto observamos que en las lenguas romances ha desaparecido prácticamente el género neutro y todas las palabras aparecen distribuídas únicamente en dos grupos, masculino el uno, femenino el otro. Pero es el caso que la propia lengua latina que poseía un género neutro del que formaban parte numerosas palabras, símbolo de nombres de cosas, clasificaba también como masculinos o femeninos muchos nombres de conceptos asexuales. La gramática escolar nos ha enseñado que palabras como *murus*, MURO, y *hortus*, HUERTO, son gramaticalmente masculinas y, en cambio, *navis*, NAVE y *domus*, CASA, pertenecen al género femenino. ¿Cómo explicar esta contradicción con la esencia misma del sistema?

Sabemos que en nuestro idioma al extinguirse el género neutro desapareció la posibilidad de distinguir lo sexual de lo asexual, pero en latín existía esta posibilidad, y por consiguiente, uno no puede menos de preguntarse por qué aquella lengua no obró en forma más lógica y consecuente. Este es el problema sobre el que desearía aportar algunas sugerencias.

He apuntado hace algunos momentos que los instrumentos de expresión de las categorías gramaticales no fueron creados para expresar las ideas que actualmente nos evocan, sino que su contenido en un principio era muy distinto del actual e incluso del que se tenía de ellos hace muchos siglos. Esta teoría se halla plenamente confirmada por lo que se refiere al género de las palabras. Podemos, en efecto, afirmar que las formas que hoy día consideramos como específicas de esta categoría no tenían, originariamente, carácter sexual alguno. Más aún, la primitiva lengua indoeuropea, de la que deriva la latina y, en consecuencia la nuestra, no se preocupaba por establecer ninguna diferencia de carácter sexual entre las palabras. Este aserto se demuestra por el hecho de que no disponía la lengua de sufijos adecuados para realizar este cometido. Sería un grave error considerar que las palabras según terminaran en *-o* o bien en *-a*, evocaban una idea masculina o femenina. Se llegó a este resultado en etapas posteriores; primitivamente estos sufijos podían usarse indistintamente para cualquier sexo. En latín, pero aún más en griego (1), subsisten numerosas huellas de esta primitiva indiferenciación: así, palabras como *scriba*, *agricola*, *transfuga*, a pesar de terminar en *-a*, iban referidas a oficios de varones, en cambio, *ἡ παρθένος*, LA DONCELLA; *ἡ βοῦς*, LA NUERA, a pesar de su *-o* final, eran símbolos de nombres de mujer; incluso abundan los ejemplos de una misma palabra formada con el sufijo *-o* usada indistintamente con acepción masculina o femenina, según el contexto, así en griego palabras como *ἵππος*, *βοῦς*, pueden significar no sólo EL CABALLO, EL BUEY, sino también LA YEGUA, LA VACA. En el latín arcaico, especialmente en giros estereotipados, encontramos ejemplos análogos; así sabemos que *lupus* y *agnus* podían usarse con la acepción femenina, respectivamente, de LOBA y CORDERA. (2)

La falta de sufijos adecuados para distinguir lo masculino de lo femenino obligaba a la primitiva lengua a recurrir a un procedimiento muy costoso cuando sentía la necesidad de establecer tal diferencia: debía emplear palabras distintas; así mientras nosotros decimos *el hermano* y *la hermana* (una misma palabra con sufijos distintos), el latín que mantiene todavía la herencia indoeuropea, expresa estos conceptos con dos palabras totalmente diferentes: *frater* y *soror*. Obsérvese que en la estructura externa de estas palabras no hay característica ninguna que nos oriente respecto al sexo de los seres que simbolizan: el sufijo *-ter* de la palabra *frater* reaparece en muchas palabras de significado femenino, por ejemplo, *mater*, e inversamente el sufijo *-or* de *soror* abunda en palabras masculinas, por ejemplo, *rhetor*. Si ignorásemos el significado de tales palabras yuviésemos que atenernos a su forma no podríamos determinar su

(1) WACKERNAGEL, J.: *Vorlesungen über Syntax*, 2.^a ed. Basilea, 1926-28, II, 22. — HORMANN, J. B.: *Lateinische Grammatik*. Munich, 1928, p. 366. — BASSOLS DE CLIMENT, M.: *Sintaxis histórica de la Lengua latina*, vol. I. Barcelona, 1945, p. 45.

(2) WACKERNAGEL, J.: *Ob. cit.*, p. 24.

género; en cambio, la simple enunciación de voces como *hijo, hija*, bastan para evidenciar el sexo de los sujetos que expresan.

Lo dicho creo que es suficiente para demostrar que la primitiva lengua indoeuropea en sus etapas primitivas no poseía sufijos adecuados para caracterizar y distinguir los masculinos y los femeninos, lo cual constituye un indicio irrefutable de que esta lengua no sentía la necesidad ni el deseo de establecer tal distinción.

Entonces, ¿es que no existía un principio de clasificación de las palabras y en consecuencia cada sufijo tenía un especial y peculiar significado, sin agruparse formando grandes categorías conceptuales como sucede en la mayoría de las lenguas? La contestación a esta pregunta nos la proporciona el examen atento de la estructura de las palabras. A base de los datos que nos suministra la prehistoria de dicha lengua, podemos inferir que en épocas muy remotas existió un grupo de palabras carentes de desinencias casuales y alternancias, y otro grupo cuyos componentes disponían de tales elementos. Sin embargo, con el tiempo fueron desapareciendo estas diferencias y el primer grupo tendió a equipararse al segundo. Se consiguió este resultado por dos procedimientos diferentes: creación de sufijos propios y adaptación de los característicos del otro grupo. En realidad, el número de sufijos de nueva creación es muy limitado, quedando prácticamente circunscrito a dos, *-m* y *-a*. El primero fué adoptado por los temas en *-o* para formar el nominativo y acusativo singular. En efecto, según se desprende de los estudios de Agrell (1), en un principio estos casos no llevaban característica alguna, y el tema puro bastaba para este cometido, por ejemplo, *iugo*, YUGO. Sólo como resultado de un proceso secundario se llegó a la forma *iugo-m* para simbolizar los casos rectos del singular. Por lo que atañe al origen de este sufijo, cree Meillet (2), que nunca fué una desinencia casual propiamente dicha; a su juicio, es simplemente un elemento fonético desprovisto de toda función semasiológica equiparable al ν $\epsilon\rho\alpha\lambda\kappa\omicron\sigma\tau\iota\acute{\alpha}\nu$ griego.

El segundo sufijo peculiar de este grupo, o sea *-a*, fué utilizado para caracterizar los casos rectos del plural, de ahí el origen de formas como *iug-a*, *capit-a*, etc. Por lo que atañe al origen de este morfema, sabemos después de los estudios de Schmidt (3), que originariamente tenía un significado colectivo. Incluso en la propia lengua latina subsisten huellas de esta primitiva acepción, así la palabra *acinus*, GRANO, tiene, como es lógico, el plural *acini*, GRANOS; pero además existe una forma que llamamos neutra *acina* que envuelve la acepción colectiva de CONJUNTO DE GRANOS, o sea, RACIMO. La atribución de un género neutro a la palabra masculina resultaría inexplicable; en cambio, se comprende y aclara fácilmente la existencia de la forma *acina* si se considera que con ella se pretende sugerir no

(1) *Zur Geschichte der idg. Neutrumus*. Lund, 1926, pp. 17 y sigs.

(2) *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris*. — Paris, 20, 172.

(3) *Die Pluralbildungen der idg. Neutra*. Weimar, 1889, pp. 38 y sigs.

una idea de género sino de colectividad. Este era, pues, el significado originario de este sufijo; con el tiempo, no obstante, al ser adoptado por el grupo que estudiamos para caracterizar el plural perdió, salvo algunos casos estereotipados, esta acepción. El griego nos ofrece ejemplos análogos (1), así frente al singular masculino *μηρός*, MUSLO, existe el plural *μηροί*, LOS MUSLOS y una forma llamada erróneamente neutra *μηρα*, pues en realidad es un colectivo con el significado de CONJUNTO DE LOS MUSLOS que, formando una masa se ofrecían en los sacrificios religiosos.

Por otra parte y para caracterizar los casos oblicuos, las palabras del grupo que nos ocupan recurrieron al sencillo procedimiento de utilizar las desinencias características de las formaciones opuestas. Originariamente, el tema puro de un neutro, por ejemplo, *iuo*, tenía un valor universal, podía usarse para simbolizar cualquier caso oblicuo, tanto del singular como del plural. Las palabras compuestas que dada su estructura conservan con más tenacidad la construcción primitiva, reflejan con exactitud este primitivo estado de cosas y así vemos que el primer elemento sin necesidad de modificación alguna, puede asumir la acepción de cualquier caso (2). La ausencia de casos podía subsanarse fácilmente mediante el orden de las palabras en la oración o por la entonación con que eran pronunciadas. Sin embargo, las palabras neutras continuadoras del grupo que estudiamos, si bien fueron las que por más tiempo rehuyeron el uso de desinencias casuales acabaron también por emplear, cuando fueron usadas en función de un caso oblicuo, los sufijos característicos del otro grupo, y así se dijo *iugorum*, *iugibus*, etc., en substitución del tema puro *iugo*.

A pesar de los esfuerzos realizados por la lengua para equiparar los dos grupos de palabras a que nos referimos y de que esta tendencia triunfó en sus líneas generales, quedaron todavía algunas huellas de la primitiva indiferencia, y así, por una parte, observamos que los neutros utilizan en época histórica una misma forma para el nominativo y acusativo, y, por otra parte, parece como si á veces rehuyeran las desinencias oblicuas, o sea, que utilizan los casos rectos en función de genitivos, dativos, ablativos (3), de ahí que a muchas expresiones que exigen un caso oblicuo si se utiliza una palabra de género animado, les basta con un nominativo-acusativo si se trata de un neutro. Por esta razón se pretende explicar contraposiciones como *gaudeo adventu fratris: id gaudeo; artibus studeo: hoc studeo; tibi assentior: hoc assentior*, etc. Recuérdense, además, los giros *id temporis, illud horae* en vez de *huius temporis, illius horae*, etc. No es éste el momento de

(1) WACKERNAGEL, J.: Ob. cit., p. 18. — BASSOLS DE CLIMENT, M.: ob. cit., p. 65.

(2) Genitivo: *πατρο-κατοικητος* hermano del padre.

Dativo: *θεο-εταρος* igual a un dios.

Instrumental: *θεο-βλαβης* dementado por un dios.

Ablativo: *ανεμο-σκαπης* que resguarda del viento.

(3) Esta hipótesis ha sido expuesta por W. HAVERS en un artículo publicado en *Glotta*, 13, pp. 171-189, titulado *Eine syntaktische Sonderstellung griechischer und lateinischer Neutra*. Sobre este mismo problema cf. LÖFSTEDT, E., *Syntactica. Studien und Beiträge zur historischen Syntax des Lateins*. Lund, 1928-33. II, 14.

discutir esta teoría, pero sí parece que puede afirmarse que la lengua muestra una tendencia a utilizar las formas de nominativo-acusativo neutro con un significado casual indeterminado o general.

Como consecuencia de cuanto llevamos dicho, podemos afirmar que en épocas muy remotas existían, como ya hemos apuntado, dos grupos de palabras perfectamente diferenciados, el uno dotado de sufijos y alternancias, el otro carente de tales elementos y circunscrito exclusivamente al tema puro que venía a ser caso universal. La repartición de las palabras en uno u otro de los citados grupos no era fruto evidentemente del azar; una norma o principio debía presidir esta clasificación. El primer grupo abarca conceptos muy heterogéneos; en cambio, el segundo, es más reducido y en consecuencia nos permite fijar con más exactitud la característica común a todas las palabras que lo integraban. En este particular se observa que todas sus palabras son exponente de conceptos inanimados e inorgánicos; en consecuencia, podemos establecer el principio de que el grupo que nos ocupa, y que más tarde fué designado con el nombre de neutro, abarcaba los objetos carentes de vida. El otro grupo debía lógicamente orientarse a tenor de un principio opuesto: lo contrario de lo inanimado es indudablemente lo animado; por tanto, podemos afirmar que esta representación era el común denominador de todas las palabras propias de este grupo que se nos presenta como muy complejo y heterogéneo. En consecuencia, el principio que servía de base de clasificación de las palabras no era de orden sexual, sino que se orientaba a tenor de otra concepción: por un lado se agrupaba todo lo inanimado, inerte, pasivo; por otro, lo animado, lo sensible, lo activo.

La diferencia que separaba ambos grupos era, desde luego, de un carácter meramente objetivo, y, en consecuencia, menos concreto y aprehensible que una clasificación sexualista. Existen muchas palabras frente a las cuales cabe la duda de si corresponden a conceptos animados o inanimados. ¿Cómo clasificar las fuerzas y fenómenos de la naturaleza? Es indudable que desde un punto de vista racionalista el viento, el fuego, el rayo, la lluvia, deben integrar el grupo que abarca lo inanimado, pero el pueblo que es quien crea el lenguaje, el hombre sencillo y supersticioso, puede fácilmente imaginar tales conceptos como dotados de vida y valimiento propios. En realidad, las consecuencias de esta interpretación aún perduran en nuestros días, incluso en el lenguaje de las personas cultas. En efecto, con mucha frecuencia tratamos tales palabras como sujetos agentes de acciones que sólo pueden realizar conceptos animados y más concretamente personas. Frases como *la lluvia azota los cristales*, *el fuego devora la casa*, *el mar engulle la presa*, nos parecen de todo punto naturales a pesar de que desde un punto de vista intelectual ninguno de los sujetos citados puede realizar la acción que se le atribuye, a menos de equipararlo a un ser humano. Si en el ambiente de nuestra civilización impregnada de un hondo racionalismo y un acusado sentido crítico la lengua no retrocede ante estas metáforas por las que se atribuye vida a lo inanimado, ¿qué no debían hacer los hombres en los albores de la civi-

lización cuando contemplaban el mundo con ojos de niños? Pero aún hay más ; es sabido que con anterioridad al período del deísmo, o sea, de los grandes dioses (Júpiter, Indra, etc.), existe una época que puede calificarse con el nombre de animista (1), durante la cual se creía que el mundo estaba repleto de fuerzas ocultas y misteriosas, y se atribuía un principio anímico a un sinnúmero de cosas inanimadas o simplemente orgánicas, como el árbol, la piedra, la fuente, el río. En estas circunstancias se comprende la facilidad con que podía ser clasificado como animado lo que desde nuestro actual punto de vista debe ser considerado como inanimado. Incluso cabía en muchos casos una posición ecléctica ; así, para designar conceptos como *fuego* o *agua* existen en la primitiva lengua dos palabras diferentes, según si prevalece una representación inanimada, inerte, pasiva, o por el contrario, activa, animada, dotada de vida (2). En los vedas se refleja todavía este primitivo estado de cosas ; así, en el Rig Veda V, 45, 100 se leen unos versos cuya traducción aproximada es la siguiente : « cuando los sabios conducen su nave sobre el agua, las aguas dóciles permanecen en reposo ». Por dos veces aparece citada la palabra *agua* ; para la primera utiliza el poeta el vocablo neutro *udakam*, en la segunda el femenino *apah*. La razón es obvia : el agua es considerada primero como una cosa inerte sobre la que flota la nave, luego como un elemento activo capaz de obedecer ; de ahí la alternancia de los dos términos.

Claro está que la existencia de dos palabras para designar un mismo concepto representa un lujo excesivo para un idioma ; por ello las lenguas derivadas no mantuvieron esta dualidad, sino que optaron por una u otra de las dos palabras. De ahí el hecho curioso de que los pueblos imbuídos por una concepción religiosa de la vida optaran por la palabra correspondiente al género animado, pues consideraban que detrás de las fuerzas naturales se escondía una divinidad ; así en latín y sánscrito se utiliza la palabra de género masculino *ignis* y *agnis*, respectivamente, para mencionar el fuego ; en cambio, los pueblos de tendencias racionalistas como los griegos dan la preferencia a la palabra inanimada, más tarde neutra, en este caso concreto *τὸ πῦρ*.

Me he referido hasta aquí a los nombres de cosas, seres, objetos. Pero, ¿y los nombres de acción? ¿Cómo clasificar palabras como Amor y Victoria? ¿Y todas las que son símbolo de acciones verbales? Si nos detenemos a considerar su significado, observaremos al punto que estas palabras pueden tener una doble acepción, pueden sugerir una idea abstracta, pero también un nombre concreto de una divinidad ; así Amor y Victoria pueden significar el dios del Amor y la diosa de la Victoria, la cual en Roma era objeto de un culto especial en el Palatino (3). El pensamiento humano en su evolución normal va de lo

(1) Cf. KRETSCHMER, P. : *Dyaus Zeús und die Abstrakta im Indogermanischen*, Glotta, 13, pp. 101-114.

(2) MEILLET, A. : *Linguistique historique et linguistique générale*. Vol. I. París, 1921, pp. 215 y sigs.

(3) KRETSCHMER, P. : Ob. cit., p. 105.

concreto a lo abstracto, de lo material a lo espiritual. Por ello es mucho más lógico suponer que la acepción concreta de estas palabras fué la primera y en consecuencia que por *amor* se entendía en un principio EL DIOS DEL AMOR, y por *victoria*, LA DIVINIDAD QUE OTORGA LA VICTORIA.

Desde nuestro actual punto de vista no existe, en muchos casos, conexión alguna entre los conceptos abstractos y los nombres de las divinidades, pero en este particular eran muy distintas las concepciones de los antiguos para quienes el nombre de todas las actividades humanas estaba en íntima y estrecha relación con una divinidad. A sus ojos se equiparaban y eran considerados como términos equivalentes los abstractos y las divinidades. Así, muchas palabras que son para nosotros símbolos de ideas abstractas, de acciones verbales, aparecen expresadas en griego con formas que demuestran claramente que originariamente iban referidas a seres animados, de donde se deduce que su acepción abstracta es resultado de un proceso secundario. Para nosotros la palabra *salud* es de índole abstracta; en cambio, el término correspondiente griego, o sea, ὑγίεια no es otra cosa desde el punto de vista morfológico que la forma femenina del adjetivo ὑγιής que significa SANO, EL QUE NO ESTÁ ENFERMO (1). En consecuencia, ὑγίεια al principio debía ir referida a un ser animado al que se atribuía la cualidad de estar sano; luego pudo sustantivarse y emplearse para aludir a la divinidad símbolo de la salud, a la que se designaba con el nombre de la sana. Esta divinidad era, naturalmente, quien otorgaba la salud; de ahí, que esta palabra pudo asumir la significación abstracta de *salud*, que fué la que acabó por prevalecer. Análogamente la palabra δικαιοσύνη, JUSTICIA, nos evoca una idea abstracta, pero si nos detenemos a considerar su estructura llegaremos también a la conclusión de que no es otra cosa que el femenino de δικαιοσύνος, o sea, JUSTO, epíteto que se atribuía a Zeus. En consecuencia, la acepción de JUSTICIA que adquiere esta palabra es resultado de un proceso secundario.

Pero eso no es todo. Uno de los sufijos indoeuropeos más usados para enunciar las palabras que evocaban representaciones de índole abstracta es el morfema *-ti-* (2); lo hallamos en innumerables palabras; así, la idea abstracta de *marcha*, *partida*, se formula en griego y sánscrito, respectivamente, con la palabra βᾶσις y gatis; una y otra, a pesar de su aparente diferencia, derivan de una misma base etimológica. Pues bien, a pesar de que el aludido sufijo entra en la composición de innumerables palabras abstractas y ello hasta el punto de que acabó por ser interpretado como un símbolo de abstracción, no obstante, sabemos positivamente que en su origen no era este su cometido, sino que, por el contrario, se empleaba para expresar la idea de sujeto agente. Tanto en sánscrito como en griego subsisten todavía algunas huellas de esta primitiva acepción; así, la palabra sánscrita

(1) KRETSCHMER, P.: Ob. cit., p. 107.

(2) DEBRUNNER, A.: *Griechische Wortbildungslehre*. Heidelberg, 1917, p. 186.

dhutis puede significar EL QUE AGITA (sujeto agente) y LA AGITACIÓN. Análogamente, el vocablo griego μάντις caracterizado con el sufijo a que nos referimos, ha mantenido, probablemente por ser un término del lenguaje litúrgico, su primitiva acepción personal. Es sabido, en efecto, que μάντις significa ADIVINO. Los ejemplos por los que se demuestra la primitiva acepción personal que se escondía en sufijos que posteriormente evocan una idea abstracta, podrían multiplicarse indefinidamente.

Lo dicho creo que basta para demostrar la estrecha conexión que existe entre las ideas abstractas y los conceptos animados. En un principio prevalecía la primera de estas representaciones, pero con el tiempo, cuando el pensamiento humano adquirió mayor grado de madurez predominó la acepción abstracta, hasta el punto de olvidarse en la mayoría de los casos, su primitiva conexión con personas, divinidades, genios o δαίμονες.

Ahora bien, la inclusión de los abstractos dentro del grupo de lo animado estaba justificada cuando evocaban estas palabras la imagen de seres animados. Así, la palabra φόβος, sugiere todavía en Homero una idea animada y, concretamente, la de la divinidad que causa o provoca el miedo (1). De ahí expresiones como «el miedo encadenó a los aqueos, el miedo penetró entre los combatientes» y otras análogas de uso frecuente en la poesía homérica por las que, como puede colegirse, se convierte el concepto *miedo* en sujeto agente de acciones que sólo pueden realizar seres animados. Mas cuando esta representación anímica se extinguió y prevaleció la acepción abstracta, en buena lógica se hubiera debido transferir la palabra φόβος al grupo de lo inanimado y caracterizarla con una -ν de los neutros, con lo cual tendríamos la palabra φόβον. Mas a este cambio se oponía la fuerza de la inercia; la gente estaba acostumbrada a decir φόβος y no se avenía a cambiar la estructura de esta palabra. Por ello continuó prevaleciendo la forma tradicional, aunque en este caso estaba en desacuerdo completo con su significado.

Podemos, en resumen, afirmar que los puntos de vista que sirven de base para clasificar las palabras en el grupo de lo animado y de lo inanimado fueron con el tiempo olvidados y superados. Pero la lengua, a causa de la inercia que dificulta siempre los cambios lingüísticos, no modificó los grupos establecidos de acuerdo con las nuevas concepciones, y siguieron figurando dentro de la categoría de lo animado muchas palabras que eran interpretadas ya como inanimadas. Ello trajo como consecuencia que en la mayoría de los casos se desconociera la razón a que obedecía la forma como estaban clasificadas las palabras y que el sistema, al no ajustarse a la realidad, careciera de sentido convirtiéndose en algo arbitrario y caprichoso. En estas circunstancias no existía razón alguna que justificara su existencia y por tanto, estaba condenado a sucumbir ante las nuevas concepciones que apuntaban en la lengua. No tardó, en efecto, en sentirse el

(1) NISSEN, TH.: *Arch., f. gess. Psych.*, 46 (1924), pp. 40 y sigs.

deseo de disponer de sufijos adecuados para distinguir con claridad los masculinos y los femeninos. La primitiva repartición de las palabras en dos grandes grupos, el uno símbolo de lo animado y el otro de lo inanimado, resultaba ya insuficiente ; se quería fraccionar el primero en dos para que de esta manera resultara viable una diferenciación sexual. Problema evidentemente insoluble es el de determinar las causas de orden psicológico y cultural que produjeron el aludido cambio, pues se operó en épocas remotas de las cuales no tenemos más que un conocimiento muy indirecto. No obstante, quiero apuntar algunos hechos que a mi entender coadyuvieron a este proceso :

En épocas primitivas el caudal de palabras era muy reducido. La civilización, la cultura, la organización social y política se hallaban en estado embrionario y, en consecuencia, bastaban a los hombres unas pocas palabras para satisfacer sus necesidades de mutua comunicación. Se comprende que para distinguir los sexos, cuando se sentía la necesidad o conveniencia de establecer tal distinción, podían emplearse dos palabras distintas. Aunque este procedimiento fué luego abandonado, ha dejado algunas huellas que persisten todavía, de ahí que a veces se distinguen los masculinos de los femeninos no por medio de sufijos (por ejemplo, *hermano-hermana*), sino empleando palabras distintas, por ejemplo, *padre-madre, caballo-yegua, toro-vaca*. (1)

En realidad la necesidad o conveniencia de distinguir en el lenguaje los sexos quedaba circunscrita al círculo de la familia muy limitado necesariamente, y a los pocos animales sujetos ya al dominio del hombre. Ahora bien, es un hecho probado que no se siente la necesidad de distinguir el sexo de los animales en el lenguaje cuando no han sido domesticados. Este aserto puede comprobarse en nuestro propio idioma ; así, para nombrar a muchos animales disponemos de una sola palabra de género exclusivamente masculino o femenino, la cual se emplea tanto para designar al macho como a la hembra. Decimos *el gorrión, el ruiseñor, o la perdiz, la rana* ; pero en ninguno de estos casos nos cabe el recurso de señalar el sexo a que pertenece ninguno de estos animales como no sea valiéndonos de una perfrasis. Estas palabras se usan con referencia a los dos sexos indistintamente. Ni siquiera existe la posibilidad de hacerlas concordar con adjetivos o pronombres de género masculino o femenino, según se aluda a un macho o a una hembra, y así, mientras son posibles expresiones como *el buen testigo y la buena testigo*, en las cuales los adjetivos y artículos nos orientan ya respecto al género, sólo podemos decir *la astuta liebre*, aun cuando sea nuestro deseo referirnos al animal macho. Tan sólo cuando los animales son domesticados por el hombre se preocupa la lengua de establecer la correspondiente distinción entre los dos sexos. Este hecho puede demostrarse históricamente (2), así en latín arcaico para designar *las palomas* existía sólo una palabra de género

(1) LEUMANN-HOFMANN : *Lateinische Grammatik*. Munich, 1928, p. 203.

(2) WACKERNAGEL, J. : *Ob. cit.*, II, 26.

común, *columba*, la cual se usaba para los dos sexos. Conviene advertir que en el citado período las palomas no habían sido aún domesticadas. Sin embargo, cuando a finales de la república pasaron a depender del hombre, fué necesario distinguir los sexos para regular su reproducción y entonces surgió la palabra *columbus*. Así tenemos que mientras Plauto usa única y exclusivamente la forma *columba*, ya Catulo apunta el vocablo *columbus* que se generalizó luego en la época imperial. Cuanto llevamos dicho creo que demuestra que la necesidad de establecer en el lenguaje una diferencia sexual quedaba limitada a un número muy reducido de palabras. En estas circunstancias, como el caudal de palabras era muy exiguo, no resultaba ninguna grave complicación disponer de palabras distintas para establecer tal diferenciación. Mas cuando en el correr de los siglos se fué enriqueciendo la cultura con nuevas y continuas aportaciones, la sociedad y la vida de familia adquirió una estructura orgánica y jerárquica compleja y la técnica hizo nuevos y numerosos progresos; el léxico para recoger este mundo nuevo y dilatado que surgía al conjuro de la cultura tuvo que acrecentarse considerablemente. Cada nuevo descubrimiento, cada idea o concepción con que se enriquecía la mente humana exigía un instrumento adecuado de expresión, y, en consecuencia, en la mayoría de los casos, una nueva palabra. No bastaba ya un caudal reducido de voces para satisfacer las necesidades de comunicación, el hombre exigía cada vez más del lenguaje y éste debía responder a tales demandas. Mas el manejo de muchas palabras constituye siempre una dificultad y más en una época en que no existía escritura, ni posibilidad de registrar las palabras. Para resolver este problema, para poder satisfacer las necesidades de expresión cada vez mayores, y evitar un aumento desmesurado del léxico, la lengua adoptó la única política viable en aquellas circunstancias: por una parte no cerrar el paso a los nuevos vocablos que la cultura imponía; por otra, restringir y eliminar las palabras que no eran necesarias.

Esta política debía, naturalmente, repercutir sobre la heteronimia, o sea, sobre el sistema de distinguir los géneros o sexos de una misma especie por medio de dos palabras distintas. Era éste un lujo que resultaba superfluo. Bastaba, indudablemente, una sola palabra caracterizada por medio de sufijos adecuados. Este camino fué el que siguió la lengua e históricamente puede demostrarse como poco a poco fueron eliminándose del léxico las palabras dobles empleadas con la exclusiva finalidad de distinguir los sexos.

Esta tendencia no se impuso, como es lógico, a rajatabla. Era, como acabo de indicar, una tendencia que se hacía sentir en el lenguaje. Ciertas palabras, especialmente las de uso más frecuente, ofrecieron una mayor resistencia, algunas incluso consiguieron sustraerse a esta innovación. Pero en conjunto podemos afirmar que esta nueva orientación acabó por imponerse. Claro está que dentro de la lengua latina surgen nuevas creaciones heteronímicas, por ejemplo, *servus-ancilla*, *patruus-amita*, pero el número de las mismas es muy inferior al de las

pérdidas que la lengua experimenta en este sentido (1). Así existe una sola palabra básica para designar al hijo y a la hija, o sea, *filiius-filia*; en cambio, en el primitivo idioma indoeuropeo se empleaban en este caso dos palabras etimológicamente distintas, como puede observarse todavía en alemán (*Sohn-Tochter*) y en griego (*δύσ-θυγάτηρ*). Por su parte, obedeciendo a los impulsos de esta misma tendencia, el castellano ha eliminado muchas formas heteronímicas heredadas del latín; así, frente a *servus-ancilla*, *patruus-amita*, *frater-soror*, han prevalecido formas unitarias. Decimos, en efecto, superando la heteronimia latina: *tio-tía*, *siervo-sierva*, *hermano-hermana*. Con todo, subsisten todavía algunas oposiciones como *padre-madre*, *caballo-yegua*. La causa de esta anomalía se debe a que las innovaciones lingüísticas, contrariamente con lo que sucede con las políticas y sociales, no consiguen casi nunca borrar los vestigios del pasado.

Consideramos, pues; como una de las causas determinantes de la creación de sufijos especializados para distinguir los sexos, el deseo de simplificar y reducir el léxico, de evitar dualidades de palabras innecesarias. En realidad, esta tendencia a la simplificación, este deseo de substituir fórmulas complejas y de difícil manejo por otras más simples y ágiles, se hace sentir no sólo en lo que al léxico se refiere, sino en todos los aspectos del idioma. Recuérdese a este propósito el largo proceso que determinó la substitución de los casos por preposiciones; de los modos (en indoeuropeo existían cinco); por los verbos auxiliares; de la construcción sintética de la frase, por la analítica.

Como consecuencia de esta evolución al adquirir determinados sufijos del grupo de lo animado una significación sexual, esta categoría dejó de sugerir una idea general y unitaria, y, en consecuencia, las palabras que antes evocaban una simple idea de concepto animado se fraccionaron en dos grupos, convirtiéndose el uno en instrumento de expresión de lo masculino; el otro, de lo femenino. Este estado de cosas, o sea, la introducción de una idea sexualista dentro del primitivo grupo que abarcaba originariamente los conceptos animados perturbó el equilibrio de todo el sistema: en un principio existían dos categorías perfectamente definidas, la una abarcaba lo animado, la otra lo inanimado; la oposición era clara y lógica. Ahora, en cambio, el punto de referencia que servía de orientación para el primer grupo era de orden sexual, el del segundo respondía a otro orden de ideas. La oposición no resultaba viable y se produjo una corriente unificadora en el sentido de extender también a lo inanimado los principios sexualistas, con lo cual acabó por interpretarse este último grupo en oposición con el primero, que abarca lo masculino y lo femenino, como la categoría gramatical destinada a expresar no lo inanimado sino lo desprovisto de género, lo neutro, lo que no es ni masculino ni femenino. Así fué como un sistema gramatical destinado a expresar una oposición entre lo animado y lo inanimado acabó por convertirse en instrumento de expresión de representaciones de carácter sexual.

(1) BASSOLS DE CLIMENT, M.: Ob. cit., p. 51.

La implantación del principio sexualista como base de clasificación de las palabras debía, en la práctica, tropezar con graves dificultades. Las palabras que integraban el primitivo grupo eran de índole diversa y compleja. En efecto, figuraban en él, no sólo nombres de animales sino también de divinidades y cosas, en virtud de antiguas concepciones animistas a las que ya nos hemos referido. Ahora bien, una clasificación sexualista es muy fácil de realizar cuando se opera con palabras que son símbolos de seres que poseen realmente un sexo definido; pero, ¿cómo clasificar las palabras exponente de conceptos que carecen de sexo? Es evidente que en estos casos la lengua, si hubiera procedido de acuerdo con la lógica, hubiera debido transferir los ya citados conceptos carentes de sexo a la categoría de los neutros. Pero la lógica fría y abstracta no regula los procesos lingüísticos; además, los cambios idiomáticos nunca son revolucionarios, sino evolutivos. Por este motivo se optó en este caso por seguir un camino totalmente distinto y evidentemente ilógico. En vez de la ya aludida transferencia de los conceptos asexuales animados o interpretados como tales a la categoría de los neutros, se optó por imaginarlos como dotados de sexo y, en consecuencia, clasificarlos como masculinos o femeninos.

Para explicarnos este proceder a todas luces arbitrario, conviene, en primer término advertir que el lenguaje desborda y conculca sin reparo alguno los principios que exige y reclama la razón pura. Es evidente que desde un punto de vista racionalista los masculinos no pueden ser femeninos, ni viceversa. Sin embargo, en el habla popular son numerosos los ejemplos en que se designa a seres masculinos con palabras femeninas y viceversa. Recuérdense expresiones propias del habla vulgar como *gallina* usada con referencia a un hombre cobarde. En Roma, la gente del pueblo motejó con el nombre de *asina*, o sea, ASNA, a un emperador pusilánime y asustadizo. Los ejemplos de transposiciones análogas en los que el sexo natural no se corresponde con el de la palabra que se emplea, podrían multiplicarse indefinidamente. Si la lengua, en aras de la expresividad, no siente reparo alguno en cometer esas transgresiones, es cosa comprensible que aceptara como cosa natural la atribución de sexos a conceptos que no lo tienen cuando evocaban representaciones mentales que justificaban una asociación con los seres masculinos o femeninos. Características propias de los primeros son la fuerza, la fecundación, la aspereza; del segundo, la debilidad, la gestación y producción, la suavidad. Partiendo de estos conceptos y en virtud de una transposición poética, la lengua podía considerar los objetos que integraban el grupo de lo animado como masculinos o femeninos, según si sus características concordaban con las asociaciones que despertaban los seres masculinos o femeninos. En realidad, ya los antiguos pensadores griegos se dieron cuenta de la posibilidad de esas transposiciones; así, Ammonio, filósofo platónico, que escribió varios comentarios sobre las obras de Aristóteles, sugiere (1) que la atribución de género

(1) *Comm. in Aristot.*, IV, 5, 35 y sigs.

masculino o femenino a conceptos carentes de sexo se debe a las analogías que acabamos de reseñar. Según dicho filósofo, lo activo, lo que se da a sí mismo, era considerado como masculino; en cambio, lo pasivo, receptivo, como femenino. Incluso ilustra esta teoría con algunos ejemplos; así, la palabra sol es considerada como masculina, en cambio luna, como femenina, porque esta última recibe la luz del primero. Lo más probable es que en este caso concreto la explicación sea falsa, pero ello no quiere decir que el principio o interpretación sentada por Ammonio sea también erróneo. En la pasada guerra hemos visto como se designaban con nombres no sólo de animales sino también de persona, instrumentos de guerra, como tanques, cañones, proyectiles. Análoga tendencia existía en el mundo clásico; así, tanto en Grecia como en Roma, son numerosas las armas designadas con nombres de animales; así, *el ariete* era llamado *aries*, o sea, CARNERO, las planchas de protección, *testudo*, o sea, TORTUGA. En la actualidad, el conductor de un vehículo mecánico le habla a veces y se dirige a él como si fuera una persona que pudiera entender lo que se le dice. En el fondo de esta actitud se esconde la tendencia innata en el hombre a considerar como dotados de vida aquellos objetos con los cuales tiene trato constante. En este sentido es muy curiosa la costumbre que se observa en muchas lenguas de designar los barcos con nombres de mujer. Aristófanes, en un coro de su comedia « Los caballeros » (1), evoca un gracioso diálogo entre unas trirremes simbolizadas en forma de mujer. Los mismos romanos atribuyen casi siempre a los barcos género femenino como resultado de asociaciones mentales análogas (2). La circunstancia misma de que la lengua emplee el sufijo -or, propio para caracterizar la persona agente (por ejemplo, profesor, doctor) y para designar humildes utensilios, como despertador, calzador, etc., es otra prueba de la facilidad con que pueden ser personificados conceptos que carecen de vida (3). Esta teoría, que podríamos llamar romántica, pues explica la atribución del sexo a las cosas como resultado de una transposición poética, fué remozada por Humboldt y aplicada en forma sistemática por Grimm al estudiar los problemas que planteaba el género de las palabras de su idioma (4). Claro está que la teoría de este gramático requería retoques y en particular situarla en un horizonte más amplio que el de la cultura germánica, pero en su esencia y principios constituye un cuerpo de doctrina que no podrá dejar de ser tenido en cuenta por quienes se preocupen por las causas determinantes de los fenómenos lingüísticos. Sin embargo, sería un error considerar este pro-

(1) Versos 1.300 y sigs.

(2) Así, por ejemplo, leemos en Virgilio, Aen. V, 122. *Centaurus* (se trata de una nave), *invehitur magna*. Es curioso observar que también en inglés, a pesar del carácter racionalista de esta lengua, se atribuye a los barcos género femenino.

(3) También en griego el sufijo -της, que propiamente sirve para caracterizar los « nomina agentis », por ejemplo: σωτήρ *salvador*, se emplea para designar instrumentos y objetos así: κρητήρ, σωτήρ cf. DEBRUNNER, A.: Ob. cit., p. 174; KRETSCHMER, P.: Ob. cit. p. 103. BASSOLS DE CLIMENT, M.: Ob. cit., p. 59.

(4) GRIMM, J.: *Deutsche Grammatik*, t. III, pp. 37 y sigs.

ceso como causa única y exclusiva de la sexualización de las cosas. En realidad, todas las evoluciones idiomáticas son muy complejas y se esconden en ellas factores heterogéneos y distintos.

Me interesa en este sentido llamar la atención sobre la posible influencia que han ejercido las artes plásticas sobre la atribución de sexo a las cosas, así como a las ideas abstractas y divinidades. La asociación parece remota; sin embargo, si se examina de cerca este problema, se llega a la conclusión de que no es posible descartar la aludida influencia.

He apuntado ya que en los albores de nuestra civilización se creía que tras la mayoría de los objetos se escondía un principio anímico, un genio, divinidad, o demonio, según la antigua nomenclatura, los cuales eran interpretados en un principio como impersonales o incorpóreos. Se les consideraba como fuerzas animadas y vitales carentes de los atributos humanos y, por tanto, de sexo. Con el tiempo cambió, no obstante, esta concepción. Poco a poco fué prevaleciendo su representación material y corpórea. Las causas de esta evolución son obvias: si se admite que los objetos tienen un alma o principio vital análogo al humano, se llega fácilmente a la conclusión de que su envoltura externa viene a ser lo que el cuerpo con respecto al espíritu y, en consecuencia, se tiende a equiparar la forma externa de los objetos con el cuerpo de los seres vivientes, particularmente de los hombres. De ahí la tendencia a atribuir a los objetos órganos humanos. Todavía en la actualidad existe la reprobable costumbre de adornar las vasijas y platos con ojos, caras, etc. En el fondo de todo ello se esconde el reflejo de viejas concepciones de carácter animista, superadas ya por nuestra cultura. Pero no sólo se dan atributos y órganos humanos a las cosas, sino que a veces se nos las presenta como dotadas del más alto atributo humano, como es el don de la palabra. Son numerosos los objetos de la antigüedad que llevan inscripciones como éstas: « soy de Tatia; el que me robe perderá la vista », o bien: « Xenia me modeló y me hizo ». (1)

Todo ello trajo como consecuencia una aproximación cada vez más acusada entre el hombre y las cosas; en el orden externo se confería o atribuía a éstas, forma y figura humana, en el interno se les atribuía un espíritu, unos deseos y pasiones también humanos. Un reflejo claro de estas interpretaciones nos lo ofrece la religión griega que nos presenta no sólo a las divinidades sino incluso las fuerzas naturales, actuando y reaccionando como seres humanos. En estas circunstancias y como resultado de este antropomorfismo se comprende que cuando se desarrollaron las artes plásticas y se sintió el deseo de representar los aludidos conceptos se les diera un cuerpo humano. Sabemos — el testimonio nos lo proporciona Pausanias —, (2) que en Grecia en épocas muy primitivas Eros, o sea, el dios del amor, era venerado en forma de una piedra tosca y sin modelar. Es

(1) Sobre el particular cf. KRETSCHMER, P.: Ob. cit., p. 103.

(2) IV, 27.

indudable que en la época en que surgió este ídolo no se tenía aún un concepto antropomórfico del mundo ; mas cuando en el correr de los siglos el hombre extendió su imagen a cuanto le rodeaba, y la cultura hubo alcanzado un grado de perfeccionamiento suficiente para que existieran las artes plásticas, dejó de simbolizar Eros en forma grosera e impersonal y se le dió forma humana representándolo, como es sabido, en la figura de un niño. Ello, naturalmente, obligó a resolver la cuestión del sexo. La imprecisión que sobre el particular podía existir cuando se tenía de Eros una representación impersonal no cabía ya cuando se le identificó con un ser masculino. Esta representación gráfica de Cupido pudo a su vez influir sobre el lenguaje en el sentido de que la palabra con que se expresaba podía ya interpretarse como del género masculino, pues al tomar forma material el concepto en ella implícito se presentaba con el aludido sexo. Los ejemplos de asociaciones análogas podrían multiplicarse indefinidamente, así la palabra latina *mors*, MUERTE, es de género femenino porque esta voz al principio no envolvía una representación abstracta sino concreta ; servía para designar a la diosa de la muerte. La propia lengua latina nos ofrece todavía la prueba de este significado personal. En efecto, en el latín arcaico es bastante frecuente el giro *morti dare* (cf. Plaut. Merc. 472, Enn. Scaen. 334). Ahora bien ; el verbo *dare* admitía originariamente en latín un dativo sólo cuando éste aparecía representado por un nombre de persona susceptible de recibir la acción verbal. En el giro que nos ocupa se justificaba el dativo *morti* porque esta frase significaba originariamente DAR, ENTREGAR A LA DIOSA DE LA MUERTE. Con el tiempo, no obstante, adquirió la palabra *mors* el significado abstracto que hoy día nos es habitual, con lo cual el dativo dejó de evocar una idea de complemento directo para asumir una acepción de dativo de dirección. Esta circunstancia explica precisamente cómo los dativos pueden en latín adquirir un significado de finalidad o dirección. Se trata de un proceso perfectamente conocido en el campo de la sintaxis latina (1). Pues, bien ; la representación de una divinidad femenina implícita en esta palabra es lo que justifica su género también femenino. Claro está que la manera de concebir las representaciones antropomórficas de las divinidades puede variar en los distintos pueblos, y precisamente este hecho explica el que con frecuencia el género de las palabras discrepe de un idioma a otro ; en efecto, los alemanes no imaginan la muerte como una divinidad femenina sino masculina, y se la representan como un segador provisto de una guadaña, de ahí que, consecuentes con esta representación, la palabra muerte sea para ellos de género masculino. Por su parte, los griegos atribuyen también a la palabra *θάνατος* MUERTE, género masculino, y la representan en forma de un hombre barbudo, vestido de negro y con grandes alas, como puede verse en el drama « Alceste » de Eurípides.

Las causas, pues, determinantes de la sexualización de conceptos

(1) BASSOLS DE CLIMENT, M. : Ob. cit., p. 340.

que carecen de sexo pueden ser múltiples y variadas, pero responden siempre a asociaciones que en un momento determinado se habían establecido con seres o cualidades masculinas o femeninas. Ahora bien, estas asociaciones se extinguieron relativamente pronto; en cambio, perduró su resultado, o sea, el género adherido a las palabras. Mas al desconocerse el punto de referencia que había servido en un día lejano para establecer las aludidas asociaciones, el sistema se convirtió en arbitrario y desprovisto de lógica. Es indudable que ya en la época latina no se sabía en la mayoría de los casos la razón por la que un gran número de cosas eran tratadas como si fueran masculinas o femeninas. En estas circunstancias resultaba de todo punto ilógico que los conceptos asexuales aparecieran repartidos en dos grupos, o dicho en otras palabras, que los nombres de cosas fueran clasificados los unos como masculinos o femeninos, los otros como neutros. Lo natural era que pasaran todos a integrar la categoría de lo neutro, o que, por el contrario, todos los conceptos asexuales clasificados como neutros se sexualizaran. Este último procedimiento fué el seguido por el latín vulgar, y más tarde por las lenguas romances. En consecuencia, el género neutro dejó de existir. Todos los sustantivos aparecen en estas lenguas distribuidos únicamente en dos categorías, la una designada con el nombre de masculina, la otra femenina. Mas como el número de palabras símbolo de conceptos carentes de sexo es mucho mayor que el de las palabras que denotan seres realmente masculinos o femeninos, estas categorías evocan en forma cada vez menos acusada una representación sexual. En realidad, palabras como *la casa* o el *puerto* no nos sugieren ninguna representación masculina o femenina; no puede, por tanto, decirse que por el hecho de estar encasilladas dentro de categorías que llevan el nombre de género masculino o femenino adquieran una matización de carácter sexual. Esto significa que la clasificación es puramente arbitraria y externa. Si una palabra como *hermano* nos la representamos como de sexo masculino, no es por el sufijo *-o* que la caracteriza sino porque por sí misma e independientemente de dicho sufijo nos evoca tal representación. La prueba está en que este mismo sufijo aplicado a un nombre de cosa no le atribuye ningún matiz especial. La única consecuencia práctica que se deriva de la presencia de dicho sufijo es que en la concordancia deben usarse las formas llamadas masculinas.

Es evidente, pues, que el sistema de los géneros no es ya otra cosa que un armazón externo que gravita sobre el lenguaje y carece por completo de contenido. Por ello hay que reconocer que es mucho más lógica la posición de aquellas lenguas que han eliminado por completo el sistema bipartito heredado del indoeuropeo, o bien, lo han adoptado de acuerdo con normas más lógicas y comprensibles.

Figura entre las primeras el persa moderno (1). Esta lengua ha prescindido de todo intento de clasificación de las palabras en los

(1) LOMMEL, H.: *Neutrum und sächliches Geschlechtes*, *Festschr. Wackernagel* (1924), p. 177.

grupos análogos o parecidos a los que existen en lenguas que todavía mantienen la categoría del género. Únicamente existe una forma neutra para el interrogativo. La razón es obvia : pues, por una parte este pronombre no puede establecer una diferencia de carácter sexual ; y por otra debe poseer una forma neutra. En efecto, cuando formulamos una pregunta con el pronombre interrogativo *quién*, no sabemos en la mayoría de los casos si la persona por quien se inquiriere pertenece al género masculino o femenino, de ahí que las lenguas dispongan de una sola forma sin caracterización sexual ; en cambio, es necesario disponer de una forma especializada para indicar que preguntamos no por una persona sino por una cosa o acción. Sin embargo, parece ser que la diferencia que separa los pronombres *quién* y *qué* no es de orden sexual sino que con el primero inquirimos por un elemento activo, y por el segundo pasivo.

Debe citarse la lengua inglesa como ejemplar de los idiomas que sin eliminar las categorías del género tradicionales las ajustan a la realidad del momento. Esta lengua forma con todas las palabras exponentes de conceptos que carecen de sexo un grupo que podríamos llamar asexual, y a éste contraponen otro grupo que abarca los masculinos y femeninos. Las palabras del primer grupo son recogidas por medio del pronombre *it* y las del segundo con *he* o *she*, según si son masculinas o femeninas. Pero eso no es todo, la lengua inglesa ha introducido en este último grupo un nuevo principio de clasificación, pues establece una distinción entre los seres racionales e irracionales. Para referirse a los primeros usa el pronombre relativo *who*, y para los segundos, *which*.

Una vez sentado este principio de clasificación ha sido luego observado con gran rigor. No sucede como en nuestro idioma en que los nombres de cosas son interpretados como masculinos o femeninos, sino que todos ellos aparecen siempre recogidos por el pronombre *it*. Las excepciones son contadas y tienen una razón histórica reciente que las justifica. Así, en el lenguaje literario las palabras *sol* y *luna* son a veces interpretadas y tratadas como masculina y femenina respectivamente, o sea, se alude a ellas con las palabras *he*, *she*, pero se trata de una influencia del francés. También el lenguaje popular tan propenso a la personificación trata como si fueran masculinos o femeninos, respectivamente, palabras como *las tijeras* y *la aguja*, pero es indudable que una humilde costurera que tiene que ganarse su sustento con tales instrumentos se familiariza tanto con ellos, constituyen una parte tan principal de su vida, que acaba por atribuirles vida y voluntad ; son sus auxiliares en el trabajo, y como tales les habla a veces para exhortarles o increparles. Pero, con todo, en inglés el número de cosas a que se atribuye género masculino o femenino es muy reducido, no cuenta apenas en su sistema gramatical. De aquí que las palabras aparezcan clasificadas de acuerdo con unas normas lógicas y racionales. (1)

(1) LOMMEL, H. : Ob. cit., p. 176. WACKERNAGEL, J. : Ob. cit., II.

He intentado en el curso de mi exposición mostrar los esfuerzos realizados por el lenguaje en sus intentos de establecer un principio general de clasificación de las palabras. Mas como ya he indicado, las lenguas son una fuerza vital en constante actividad, de aquí que las normas, categorías o clasificaciones que en un momento dado responden a una realidad tienen una vigencia efímera y transitoria, pronto superada por el fluir constante del lenguaje hacia nuevos horizontes. La falta de correlación entre los sistemas gramaticales y la realidad lingüística no es más que una consecuencia de la estabilidad de los primeros y de la variabilidad de los segundos. Los más finos y disciplinados idiomas de cultura, apenas alcanzan la claridad, unidad, objetividad que deriva del equilibrio entre sus sistemas gramaticales y su realidad lingüística, vuelven a desarrollar innumerables e invencibles tendencias a la escisión y al fraccionamiento. Precisamente, como observa Bailly, del prurito de la razón y orden resultan nuevos desórdenes y caprichos.

Hemos visto como la categoría gramatical del género tiene en un principio por misión distinguir entre lo animado y lo inanimado, más tarde entre lo sexual y lo asexual, y, por último, acabó por convertirse en un sistema desprovisto de contenido en muchos idiomas, algunos de los cuales como el persa moderno lo eliminan casi por completo de su sistema gramatical. Entonces, si volvemos al punto de partida, ya que es indudable que en el lenguaje en sus más primitivas manifestaciones no establecía distinción alguna en lo que atañe a la categoría de las palabras cabe preguntar, ¿qué progresos ha realizado el idioma en este sentido? Pregunta es esta de muy difícil contestación. Si el lenguaje es considerado como función vital del espíritu, entonces no puede tener, como dice Vossler (1), historia ni evolución propia; pero si es una actividad consciente y autónoma o ejercicio o actividad del espíritu, entonces tiene historia y evolución progresiva. No pretendo abordar ni discutir este problema. Me daré por sobradamente satisfecho si he acertado a trazar la vida azarosa de la categoría gramatical que se conoce con el nombre de género, así como las múltiples y diversas interferencias de orden cultural, sentimental o psicológico que han actuado sobre ella. La gramática, como decía al principio de esta conferencia, no es una disciplina desvitalizada sino una ciencia cuyas raíces se hunden profundamente en el campo de la historia, en el escenario de ese gran drama en el que se desarrolla la vida de la humanidad.

(1) *Filosofía del lenguaje*. Madrid, 1941, p. 108.

CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. D. MARTÍN DE RIQUER

Ha querido el azar que en estos momentos sea precisamente el discípulo quien tenga el alto honor de dar la bienvenida a su maestro en la Real Academia de Buenas Letras ; y si esta circunstancia puede tener algo de anormal y parece romper una tradición, séame permitido poner de manifiesto que también tiene su valor, y, desde luego, no carece de emoción, el hecho de levantarse a hablar de una persona a la que uno debe constantes y doctísimas enseñanzas. Los que hace más de veinte años han cursado la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona son quienes mejor pueden comprender que no preciso recurrir a la exageración para hacer resaltar los numerosos y positivos méritos con que el doctor Don Mariano Bassols de Climent entra a formar parte de nuestra Corporación.

Veintidós años tenía el Dr. Bassols cuando, en 1926, tras una brillantísima carrera y haber desempeñado una auxiliaría en la Universidad barcelonesa, ganaba la cátedra de lengua y literatura latinas de Sevilla. Poco frecuente es llegar en esta edad al punto más elevado de la docencia superior, y ello revela no tan sólo un tenaz afán de estudio, sino también unas dotes no comunes e inteligencia excepcional. Pero hay algo más : lo realmente importante es que la cátedra no sea considerada como una meta que, una vez alcanzada, dé derecho al reposo y a la rutina. Lo que interesa es, precisamente, empeñarse en dos tareas esenciales, para el desarrollo de las cuales la cátedra es, en cierto modo, el punto de partida : por un lado la investigación seria y eficiente sobre la materia a que uno se ha entregado, procurando contribuir a ella con la aportación personal, y por el otro, formar una escuela de universitarios que aseguren la continuidad y la tradición de la disciplina que se profesa.

Ambos aspectos se han visto realizados plenamente por el Dr. Bassols. A su lado, primero en la Universidad de Granada, luego, a partir de 1932, en la de Barcelona, se ha formado toda una escuela de latinistas, de la que han surgido buen número de especialistas, algunos de los cuales en la actualidad desempeñan cátedras y publican trabajos propios de la disciplina. El estudio de la antigüedad literaria latina en la Universidad de Barcelona ha sido encauzado, de un tiempo a esta parte, por el Dr. Joaquín Balcells primero, después por el Dr. Bassols. La tarea de estos dos profesores, aunque trabada y unida

en una clara vinculación, presenta características diversas que algún día, cuando se estudie el humanismo catalán moderno, habrá que precisar y considerar con detención. El Dr. Balcells dirigió a varias generaciones de latinistas, con ardiente entusiasmo hacia el estudio de la literatura y del pensamiento romano, y formó un gran núcleo de traductores de cuya eficiencia y de cuya facilidad literaria tenemos evidentes pruebas en numerosos volúmenes de la Fundació Bernat Metge, cuyos colaboradores han hecho realidad la alta aspiración de aquellos escritores catalanes del siglo xv que se afanaron en verter a su lengua las obras maestras del Lacio. Bajo la dirección del Doctor Bassols la latinidad en la Universidad de Barcelona ha tomado un sesgo algo diferente. Partiendo del estudio del indoeuropeo y de la enseñanza directa del sánscrito — el nuevo Académico ha explicado nueve cursos de esta lengua en nuestra Facultad — ha formado expertos filólogos, conocedores de los más complicados problemas de gramática histórica y de los recursos más íntimos del lenguaje. Los alumnos que se licencian en filología clásica salen de la cátedra del Dr. Bassols pertrechados de unos conocimientos gramaticales del latín, tanto históricos como prácticos, que los hacen capaces de enfrentarse con los textos más abstrusos, al propio tiempo que poseen un dominio de lengua sánscrita nada corriente entre nosotros. Las enseñanzas del Dr. Bassols son, evidentemente, arduas para el estudiante, al que obliga a un estudio serio constante y de alto nivel científico; pero tal formación sólo puede lograrse en las aulas universitarias y hace que el licenciado en clásicas, una vez acabada la carrera, haya adquirido una formación gramatical y una práctica de textos latinos que serán la sólida base del futuro especialista.

Al lado de su labor en la cátedra, el Dr. Bassols consagra su actividad y su especialización a diversas actividades vinculadas al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de cuyo Patronato Menéndez y Pelayo es vocal consejero y a cuya junta ejecutiva pertenece. En 1945 fué nombrado director de la Escuela de Filología de Barcelona, al frente de la cual realiza una labor fecunda que se pone de manifiesto con las publicaciones que ha editado en breve espacio de tiempo. Simultáneamente organiza y dirige los cursos de verano de Puigcerdá, prometedora plantel de una futura Universidad veraniega en pleno Pirineo, y que hasta ahora ha logrado congregarse un nutrido número de especialistas en filología clásica y románica, tanto españoles como extranjeros.

En una serie de publicaciones se han exteriorizado el saber y los conocimientos del Dr. Bassols. Su primer trabajo y tesis doctoral, que se intitula *Estudio acerca de los adjetivos y predicados verbales que expresan idea de blancura en los poetas latinos* (Barcelona, 1926), es una elocuente demostración de que, a pesar de su juventud, pues fué redactado cuando el autor contaba veinte años, quien de este modo se ganaba el título de doctor, había alcanzado una sólida madurez. Multitud de textos clásicos, hábilmente ordenados y comparados, distribuidos por temas y conceptos, llevan con seguridad al

investigador a firmes conclusiones de carácter lingüístico apoyadas con múltiples referencias a la lengua griega.

Ya en posesión de su cátedra, el Dr. Bassols contribuye con notables trabajos al ensanchamiento de puntos de su disciplina. Y así publica diversas monografías, como las tituladas *Los predicados factitivos en la lengua latina* (Granada 1926), *Goethe, heredero espiritual de los clásicos* (Granada 1931), *Los amigos de Horacio* (Granada 1933), *La prehistoria de las lenguas indogermánicas: las vocales* (Granada 1939), *Sobre el origen del ablativo comparativo en latín* (Barcelona 1943), *Nebrija en Cataluña* (Madrid 1945), etc.

El estudio particular de los autores latinos debe al Dr. Bassols considerables contribuciones. Principalmente su actividad se ha centrado en la obra del historiador Tácito, del cual ha publicado el texto de los dos libros primeros de las *Historias* precedidos de eruditos y penetrantes prólogos y glosados con multitud de notas, en las cuales se iluminan infinidad de aspectos gramaticales, especialmente sintácticos, que ofrece el texto del gran estilista de la época argéntea de las letras latinas. Al propio tiempo está a punto de publicarse dentro de la Fundació Bernat Metge la versión catalana y el texto original de las citadas *Historias*, trabajo realizado en colaboración con D. José M.^a Casas Homs, correspondiente en Sevilla de nuestra Real Academia. En otras ocasiones, el Dr. Bassols ha tenido a su cargo la revisión de volúmenes de la mencionada Fundació Bernat Metge, entre ellos el primero de las *Comedias* de Plauto y los de los *Epigramas* de Marcial.

Escuetamente y a grandes trazos he procurado sintetizar las dos direcciones de la actividad científica del Dr. Bassols, o sea, su labor desde la cátedra y su contribución con la publicación de trabajos. Ahora bien, puede afirmarse que ambas direcciones hallan su más alta, madura y completa expresión en la obra capital del nuevo Académico, su *Sintaxis Histórica de la lengua latina*. Esta magna obra, nunca intentada en España y que resiste la comparación con los más solventes trabajos similares publicados en el extranjero, es por un lado la síntesis ordenada y total de las materias que el Dr. Bassols explica desde la cátedra, y por otro, la estructuración y superación de los trabajos, tanto publicados como inéditos, que ha llevado a cabo en su vida de investigador. Obra extensa, que cuando finalice abarcará seis tomos que oscilan entre las 600 y 700 páginas, reúne en exposición sumamente clara y ceñida, los múltiples aspectos de tan compleja materia y ofrece de ellos los resultados de la más reciente investigación europea y la visión y doctrina personal del autor. Este admirable esfuerzo constituye una contribución preciosa en múltiples sentidos. Solamente el hecho de dár cuenta detallada de las conclusiones a que han llegado los filólogos en las materias estudiadas, es ya un servicio que merece el mayor agradecimiento, ya que, agotados o perdidos enormes fondos de publicaciones básicas, en su gran mayoría alemanes, y siendo tarea difícilísima en los momentos actuales estar al corriente de cuanto se publica por todo el

mundo, tanto para el especialista como para el estudiante constituía un atroz problema el adquirir una documentación actual y completa de infinidad de puntos referentes a sintaxis latina. El Dr. Bassols haciéndose cargo de esta grave dificultad que pesaba sobre sus colegas y sobre sus alumnos, ha logrado aligerársela exponiendo en su obra los últimos resultados conseguidos por la investigación solvente de todos los países. Pero al propio tiempo no se ha contentado en cumplir este cometido, que por sí sólo ya merecería todo género de plácemes, sino que ha expuesto y desarrollado a cada paso su doctrina personal, fruto de su estudio y de su deber, y ha escrito una obra destinada para ganar a España un puesto de honor en el mundo científico de la filología clásica. Afianzado en sus profundos conocimientos del indoeuropeo y en su dominio de la lengua sánscrita, el Dr. Bassols se encara directamente con los más complicados problemas sintácticos del latín y pasando al extremo opuesto va a parar a los reflejos que tales problemas proyectan sobre las lenguas románicas. El discurso que acabamos de escuchar es una buena muestra, aunque en el apropiado tono que exigía este acto, de esta visión general y completa que acostumbra a trazar el Dr. Bassols sobre la filología, descendiendo desde el indoeuropeo, centrándose en el latín y yendo a parar a la lengua moderna. El romanista, halla en la *Sintaxis Histórica de la lengua latina* del Dr. Bassols, cuyo primer tomo destinado a Género, Número y Casos, apareció en 1945, una mina inagotable de puntos tocantes a su especialidad, desarrollados de un modo personal y solvente. Este aspecto es una notable peculiaridad de la obra frente a las similares extranjeras, y se acusa más todavía en el segundo volumen, destinado a las categorías verbales. Y es de esperar, y así los romanistas lo deseamos, que quien está en posesión de poco comunes conocimientos sobre lenguas indoeuropeas y quien domina a la perfección los puntos más difíciles del latín, siga por este camino emprendido y destine parte de su actividad a las lenguas neolatinas, a cuyo estudio siempre han contribuido con éxito los latinistas.

El citado segundo tomo de la *Sintaxis Histórica de la Lengua Latina* subtítulo *Las categorías verbales*, ha conseguido para el Dr. Bassols el más alto y honorífico galardón que en la actualidad puede alcanzar un investigador en España: el premio «Francisco Franco» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que le fué otorgado en 1947.

El Dr. Bassols ocupa en la Universidad de Barcelona la misma cátedra que desempeñó el Dr. Joaquín Balcells. Ha querido la Real Academia de Buenas Letras que también, la misma medalla que ostentó nuestro llorado compañero pasara a poder del nuevo Académico, que entra a formar parte de nuestra Corporación en nombre de una inteligencia clara, de un noble afán por la investigación y de una fructífera labor como catedrático y como autor de libros de ciencia.